

PUEBLOS, VOCES E IMÁGENES DE LOS ANDES*

*Luis Manuel Cuevas Quintero***

*“Para la tarde, que muere,
tiene el sol purpúreas lágrimas.
-lágrimas rojas que pintan
el árido panorama-
-Ojos bovinos que copian
la tierra inhóspita y árida-
-Ojos del pobre labriego
que un halo de angustia empaña,
mientras la yunta dirigen
las recias manos crispadas-”.*

(Antonio Spinetti Dini. Romance de la tierra árida.)

En los Andes venezolanos al principio fue la naturaleza, la montaña, mágica, imponente, misteriosa, luego vino la gente que lentamente con pasos al borde del silencio fue penetrándola, fue conquistándola. Rosarios de aldeas y pueblos fueron estableciéndose desde las épocas prehispánicas hasta la actualidad, decenas de aldeas y pueblos como en *Casas Muertas* de Miguel Otero Silva se fueron muriendo al quedar sin brazos, sin esperanzas y voces. Otras resistieron al paso del tiempo y del progreso, otras se transformaron ante el avance modernizador. Es indudable que la dialéctica de la historia ha permitido la muerte y la sobrevivencia de estos pueblos, de sus gentes y de sus voces que hoy recogemos en esta exposición testimonial

* Este trabajo le fue solicitado expresamente, al autor por este Comité a finales de 2002; lo presentó en 2003 y, revisado por sus integrantes y consultada la opinión del Comité de Arbitraje, se acordó su publicación en la sección MISCELÁNEAS de **Presente y Pasado. Revista de Historia**

** Licenciado en Historia *Summa Cum Laude* por la Universidad de Los Andes (2000), Lic. En Educación mención Historia (U.L.A. 2000). Investigador del Grupo de Investigación y Estudios Culturales de América Latina. Línea Discursos e Imaginarios de América Latina, colaborador del proyecto Sensibilidad y Memoria: bases para la creación del Museo de la Memoria laboral andina.

de fotografías y repertorios grabados de voces, enmarcada en el *Seminario- Foro Archiveros y Cronistas en el Quehacer Histórico Regional (Mérida.2002)*.

En los Andes las percepciones inicialmente ligadas al mapa geográfico del cuerpo materno pronto serían expandidas a un espacio mayor, al del paisaje físico natural de las montañas, al del espacio geográfico humano de las casas, las aldeas, los pueblos y las ciudades.

Entre la vida y la muerte, entre la tradición y la modernidad los pueblos andinos se debaten en un juego de asimetrías que les lleva contradictoriamente a oponerse y a integrarse. Hoy pareciera asustarnos una globalización y un avance del progreso que hace su presencia en los campos amenazándolos con destruirlos, a la vez que no alcanzamos a darnos cuenta de que el campo y la cultura tradicional también hacen su presencia en la ciudad, conviven con nosotros bajo formas aparentemente imperceptibles y se proyectan al mundo globalizado a través del esfuerzo de canales de televisión de proyección mundial.

Los pueblos y sus tradiciones no han podido ser eliminados de la conciencia identitaria del sujeto andino, muy al contrario, están presentes en nuestros imaginarios, en las representaciones que la sustentan, en los paisajes descritos por poetas y escritores, en el pesebre andino, en los que se construyen pueblos y montañas, en los cuadros de los artistas populares, en los rituales festivos, en la parada y sus cantores, en los trapiches que se resisten a morir, en los chimbanguelos de San Benito y los Locos de la Candelaria, los bueyes uncidos y consagrados a San Isidro o San Rafael, en las cofradías de santos que parecen gritarle al mundo al ritmo de la música que están vivos. En Mérida, como decía Mariano Picón Salas en *Viaje al amanecer*, el pasado y el presente se confunden, en este espacio de memorias colectivas compartidas.

Circularidad cultural, intercambio de tradiciones, dialéctica de la historia, mentalidades en la corta y larga duración, nuestras culturas materiales y no materiales parecen coexistir en distintos ritmos

temporales. Y es en este punto, en la coexistencia de concepciones del mundo, de ritmos, de vidas y de perspectivas heterogéneas de una Venezuela profunda, de sistemas de culturas regionales, que podemos comprender el significado de nuestro presente de una forma más densa, tratando de superar los esquemas simplistas, excluyentes e historicistas diseñados para sustentar los discursos elaborados desde la pragmática del poder.

Ante la falta de estudios empíricos y de una sistematización de la historia de los pueblos y del lugar de lo heterogéneo en las dinámicas contradictorias de la historia, el proyecto de *Sensibilidad y Memoria: Bases para la creación de un Museo de la Memoria Laboral Andina*, nos sitúa frente a un conjunto de realidades que obligarían a un cambio de enfoques en el tratamiento de la cultura tradicional, colocando en agenda algunos de los problemas de la cultura en plural, incluyendo en su plan programático una exposición fotográfica y testimonial, titulada *Voces e imágenes de pueblos andinos*, que busca combinar lo visual con la grabación *in situ* de expresiones orales del pueblo, recogidas tras un laborioso trabajo de campo, con ello se pretende abrir un espacio de encuentro y diálogo de los sujetos culturales que pueblan la región andina.

Todo ello no sería explicable, si este proyecto no se inscribe en un momento de crisis dentro de los estudios culturales e históricos que no pueden permanecer ajenos al cambio. La ampliación de los tópicos y del ángulo de perspectivas teórico metodológicas, han forzado a un cambio en la tradicional visión monológica permitiendo una apertura dialógica en la cual los sujetos culturales pueden manifestarse de una forma menos condicionada por las ópticas del poder que tradicionalmente les habían marginado.

No es casual que hoy se encuentren en este evento archiveros, cronistas y artistas de la fotografía que se reconocen como sujetos en y para el país, que enfocan socialmente su labor, compartiendo espacios de comprensión, interpretación y reconocimiento con el quehacer de la historia y con la dimensión antes ausente, antes sólo

decorativa y exótica de lo que frecuentemente llamamos popular, cotidiano, culturas subalternas o subalternizadas.

Es en este espacio posible donde la crónica, la archivística y la fotografía, como registros de la memoria individual y colectiva, se conectan a través de sus oficios narrativos de conservación documental y de registro de imágenes con los discursos de la cultura y la historia. Es en este mundo ópticamente sensible en donde la vida cotidiana de los hombres de carne y hueso de don Miguel de Unamuno, se transforman de imágenes y silencios fríos e inconexos en imágenes y voces socialmente significativas.

Hoy intentamos ofrecer una posibilidad de despertar el interés social por un fragmento de nuestro complejo sistema cultural que nos afecta, que nos enfrenta al reconocimiento de espacios culturales heterogéneos, no reductibles a fórmulas matemáticas y dotados en consecuencia de una complejidad de relaciones cuya extensión es de por sí un reto para la historia que se reconoce en crisis, que se sabe en una encrucijada a la que llegan y de la que parten los caminos, muchos de ellos desconocidos, abriéndose horizontes de expectativas hacia un mundo de significaciones que constituyen el mundo del hombre, el mundo de la historia, el mundo de los imaginarios en donde las tradicionales fronteras entre lo racional y lo irracional parecen diluirse.

Las fronteras tradicionales establecidas por el discurso oficial, realizadas en muchos casos como intentos artificiales de reducir la realidad no pueden reconocer que en los sistemas culturales conviven distintos elementos de cultura bajo la constante del intercambio cultural. Subvirtiendo este punto de vista unidimensional como veremos en esta exposición, lo moderno y lo tradicional se ubican en los espacios de fronteras difusas. ¿Y es que acaso el llamado arte contemporáneo no bebe también en el pasado y en las tradiciones?, ¿acaso grupos musicales como King Changó, Carlos Vives, Café Tacuba, Desorden Público o Buena Vista Social Club no nos alertan de procesos de intercambio y apropiación cultural más complejos?,

¿Es que esa emergencia de voces culturales no nos obliga a dirigir nuestra mirada a dinámicas de producción y consumo bajo el signo de la hibridación cultural según apreció García Canclini?.

La circularidad cultural entonces emerge en una dimensión menos restringida de la producción, circulación, recepción y apropiación de capitales simbólicos que supera los esquematismos superficiales de palabras aparentemente irreconciliables como lo moderno y lo premoderno.

Comunidades campesinas agrícolas de los Andes, cuyas historias están aún por hacerse, comunidades caracterizadas por un proceso intenso de ocupación y poblamiento al calor del uso de la tierra, de las rutas del comercio interior y de las voces y relatos que constituyen el magma de sus imaginarios y pueblan el mundo, su mundo de mitos, cuentos y tradiciones.

En la interacción hombre-geografía se produjeron formas y procesos productivos cuyas características están comenzando a ser estudiadas en toda su vasta problemática, comunidades depositarias de concepciones del mundo en donde lo sincrético marca el curso de sus vidas. Todo un sorpresivo mundo imaginario surge develando relaciones sociales regidas por lazos de parentesco, por instituciones como las cofradías reguladoras de lo económico y lo espiritual, por la casa, por las relaciones de producción, como lo vemos en estas fotografías y en estos registros orales que hoy nos convocan.

Colocados en una situación de marginalidad dentro del contexto de prioridades económicas del Estado Nacional, según señala la profesora Niria Suárez, el campesino ha vivido etapas de fuerte conflictividad con las políticas nacionales de educación y cultura, con el sector agroindustrial y con los intermediarios, pero lejos de refugiarse en una resistencia pasiva, las presiones externas les han obligado a experimentar transformaciones, diversificando sus formas de producir, conectándose con los avances tecnológicos y equilibrando junto al tractor el culto de los santos propiciadores del agua y del sol.

Hoy tal vez los cibernautas, los integrados de manera absoluta

al ciberespacio, como los escépticos ante la ola de cambios, no perciban el flujo masivo de información y de voces culturales, pues quizás no pueden observar los nuevos textos culturales que como un complejo tejido parecen retornos a producir nuevas formas de lectura, nuevos accesos al mundo de lo heterogéneo. Yo me pregunto ¿se podrá seguir sosteniendo esa distinción rígida, plana y unidimensional de lo moderno y lo premoderno? ¿La historia podrá dar cuenta del grado de complejidad que enfrentamos?

Me atrevería a responder que sí. La Historia como encrucijada, como ciencia de síntesis, ha comenzado a ganar nuevos espacios, mientras trata de recuperar su función y significación social. Pero esta historia ya no es prisionera de lo superficial, lo épico y lo ideológico aunque hoy aún están vivas estas formas, sino que ahora el discurso de la historia, se abre a la complejidad de los sistemas culturales, se integra a los espacios de comunicación masivas, al recurso de las imágenes, numerosos documentales y exposiciones fotográficas realizados bajo conceptos innovadores y con proyección global dan cuenta de ello.

La exposición de hoy es el resultado de esta apertura de colaboraciones que nos hacen conscientes de que los espacios plurales deben estudiarse en el cruce de lo interdisciplinario y lo transdisciplinario, en la variedad disponible de fuentes documentales que retan a interpretaciones y preguntas más complejas.

¿Cómo evaluar lo popular sin marcarlo despectivamente de pintoresco o de atraso? Hay que superar el horror que nuestro etnocentrismo y snobismo cultural experimenta ante la coexistencia con otras formas culturales ante el reconocimiento de lo heterogéneo. Hay que entender que nuestra suma de culturas no termina en un número absoluto sino que da cuenta de un complejo tejido de relaciones cuya constitución sólo sería explicable en interrelación y correlación de elementos de cultura en combinaciones insospechadas.

Con esta exposición pretendemos abrir un espacio dialógico dando a conocer, a través de las imágenes captadas mediante el obturador

de la cámara, y el registro de grabaciones, los pueblos, los hábitos, los giros lingüísticos, etc; entendiendo que estos tienen un espacio imaginario y una memoria que compartimos como totalidad dinámica de la cultura, en la que los hombres no pueden ser reductibles sino que ellos pasan de ser simples objetos a recuperar una posibilidad ontológica más activa, la del reconocimiento como sujetos portadores y creadores de cultura.

Los olvidos y las exclusiones son el lado oscuro de la historia, ante ellos necesitamos recuperar y reconstruir la memoria y la historia de los otros, la historia hecha por los otros, necesitamos abrir espacios de diálogo para comprender realidades culturales que nos hablan de referencias ausentes y marginadas del discurso oficial de la historia, del esfuerzo crecientemente compartido por abrir espacios de reconocimientos interculturales, de una fuerza cultural de vida que es parte del carácter heterogéneo de nuestra cultura, en fin de un tiempo, un espacio y un lugar que forma parte de nuestras circunstancias como diría José Ortega y Gasset.

Esta exposición nos sitúa ante imágenes y voces de los pueblos, del paisaje geográfico y sus gentes. No lo hemos inventado, quizás los haya inventado el ojo de la cámara. O tal vez no sea así, pero nos gustaría imaginarlo.

Notas

Evento realizado dentro del proyecto *Sensibilidad y Memoria: Bases para la Creación de un Museo de la Memoria Laboral Andina*, coordinado por la Profesora Niria Suárez y auspiciado por la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes, el Archivo Arquidiocesano de Mérida, el Archivo General del Estado Mérida y la Biblioteca Nacional “Sala Don Tulio Febres Cordero”.